

co á poco, dejando en ellos una capa gruesa de tierra vegetal, magnífica para la agricultura. Los egipcios entónces, despliegan toda la actividad que los caracteriza, y comienzan á trabajar, casi sin mas maniobra, que rayar la tierra: en muy poco tiempo concluyen la siembra, para aprovechar la humedad de los terrenos; y hé aquí las llanuras del Egipto convertidas, como por encanto, en muy hermosas sementeras, de las cuales se levantan cosechas asombrosas. Como de la corriente periódica del Nilo, depende la mayor ó menor abundancia del año, porque mientras mas grande es la avenida, es mayor la extension de terreno inundado, y es tambien mayor la cantidad de tierra vegetal que deja depositada en los campos; los egipcios tienen en medio del rio, cerca del Cairo, un aparato para saber los grados á que asciende la inundacion del año, y poder calcular la abundancia ó escasez. Esto es lo que llaman con mucha propiedad «*Nilómetro*.» Cuando este aparato marca el *máximo*, los egipcios lo celebran con fiestas públicas y regocijo popular por muchos dias, como un preludio para gozar de la abundancia que el Nilo les promete. El Nilo es una especie de divinidad para ellos; lo ven con respeto y casi con veneracion. Jamás lo nombran sin agregar algun honroso calificativo: le llaman el *generoso*, el *bondadoso*, el *santo* Nilo. Este rio despues de pasar por el Cairo, se divide en tres brazos y desemboca en el Mediterráneo: así es que para ir de Alejandría á aquella ciudad, hay que pasar por estos tres brazos, donde la compañía inglesa del ferrocarril ha construido magníficos puentes. Antes de llegar al Cairo, se divisan á la derecha las fa-

dicion, un golfo inmenso que ha ido cegándose con los siglos, convirtiéndose poco á poco en tierra firme. Las aguas del Nilo, son saludables cuando están limpias y depuradas de su fango. En la antigüedad tuvo este rio diferentes nombres, algunos de los cuales fueron debidos al reconocimiento y gratitud de los Egipcios. Los griegos lo llamaron *Oceano*. Algunos escritores con el testimonio de Diódoro Siculo han querido que la denominacion del Nilo no fuese muy antigua, suponiendo que la tomó de un rey llamado *Nilo*: otros no obstante le señalan otras etimologías. Los antiguos Egipcios le llamaron *Yaro* que significa *rio*, cuyo nombre adoptaron tambien los *Coptos*. El profeta Isaías designa este rio con el epíteto de *muchas aguas*. Sus riberas estaban cubiertas de ricas praderas. (*Diccionario biblico.*)

mosas Pirámides, como tres triángulos al fin del horizonte que forma la llanura. A las tres y media de la tarde llegamos al gran Cairo, y nos fuimos á alojarnos al Hotel de las Pirámides. Las orillas oeste, sur y norte de la ciudad son muy amenas, con arboledas muy frondosas y huertas á uno y otro lado del camino; por el contrario al oriente, el desierto comienza desde la orilla de la ciudad.

Miércoles doce de Noviembre, nos dirigimos primeramente al convento de los padres franciscanos, que tienen tambien una regular iglesia, sirviendo de parroquia á la poblacion católica, que vive en el Cairo. Cuando volvimos al hotel, nos hallamos con un turco, que sabiendo nuestra llegada, iba á ofrecernos sus servicios como dragoman ó intérprete. Atmet era su nombre, y sabia hablar muy bien el italiano. Nos presentó una lista de todo lo notable que habia que ver; y arreglado el precio de sus servicios, emprendimos luego la expedicion. Fuimos á la Ciudadela, que está situada al sureste de la ciudad, sobre una colina que domina á toda la poblacion. Aquí hay de notable, la fortificacion de dicha Ciudadela, un palacio magnífico del Bajá, y una hermosa mezquita edificada hace poco tiempo por uno de los Bajás. Esta es la mezquita mas suntuosa que ví en mi viage á Oriente. Se entra primero á un gran patio, rodeado de bonitos corredores y enlozado todo de mármol. En el centro de este patio, hay una fuente tambien de mármol, con muchas llaves al rededor para hacer salir el agua; pues esta fuente sirve para las abluciones que hacen los mahometanos, ántes de entrar al templo: nadie entra con calzado, pues así como nosotros nos quitamos el sombrero en señal de respeto, los mahometanos se quitan el calzado. Para entrar á dicha mezquita, dimos por supuesto el *bacchiz* al portero, y nos pusieron sobre los zapatos una especie de escarpines de paño, para que, ya que por extranjeros estábamos dispensados de descalzarnos, al menos, no hiciéramos ruido con los tacones. Entramos al templo con los sombreros puestos y los pies forrados. Tiene el templo la forma de una cruz griega, cosa de sesenta varas en cuadro, coronado con una elegante cúpula en el centro: las pilastras y paredes están todas revestidas de un mármol preciosísimo, que se saca de una de las cataratas del Nilo: es un mármol blanco, transparente,

y vetado de amarillo muy bajo, color de paja: el pavimento está cubierto con estera muy fina: hay inmensas lámparas de metal dorado, con multitud de abortantes de la misma materia. No hay altar, ni cosa equivalente; pero sí, está marcado el lugar para donde deben ver cuando hacen oracion, que es la direccion de la Meca, donde se halla el cuerpo de Mahoma. Hay tambien una especie de púlpito de mármol, donde se sube el que lee el Coran, y dirige la oracion cuando se reúne el pueblo. Esta mezquita ademas de la cúpula, tiene dos elegantes minaretes (especie de torres) altísimos y muy delgados, que sirven para anunciar las horas de oracion, subiéndose un hombre hasta lo mas elevado de ellos, para gritar desde allí la fórmula de esta oracion. A un lado del palacio está otro edificio destinado para Serrallo, donde viven las mugeres del Bajá. Son tan celosos los turcos, que no solo está prohibido entrar, sino hasta dirigir la vista á este edificio: nuestro dragoman nos lo indicó, viendo él para otra parte, y diciéndonos que nosotros por extrangeros podíamos ver para allá; pero que si á él, lo encontraban viendo este edificio con curiosidad, le costaria la vida. Las mugeres, entre los turcos están siempre condenadas á un perpétuo encierro. No solo les es prohibido pasearse y concurrir á reuniones profanas; sino que tampoco pueden asistir á las mezquitas, ni tomar parte en las cosas religiosas; y cuando por necesidad, tienen que salir, han de hacerlo completamente cubiertas desde la cabeza hasta los piés. Aun en sus casas tienen un departamento, de donde no les es permitido salir. Todas las casas de los turcos tienen dos grandes divisiones; la de adelante que se llama el *Selamlík*, es la habitacion de los hombres; la de atrás separada de la primera, por una puerta casi igual á la de la calle, forma el *Harem* ó habitacion de las mugeres, sin comunicacion alguna para la calle. En suma, las mugeres donde reina la religion de Mahoma, no son respetadas como personas ó seres racionales; sino como *cosas* destinadas únicamente para el placer y servicio del hombre: como animales domésticos, para el servicio ó recreo de su señor. Cuando veía todo esto, deseaba, que todas las señoras cristianas lo presenciaran, para que supieran apreciar el beneficio inmenso que les ha hecho la religion cristiana,

dándoles las consideraciones que disfrutan en nuestra sociedad, y elevándolas de la abyeccion y degradacion mas completa, hasta el rango de nobles compañeras del hombre y señoras de su casa.

Dentro del recinto de la Ciudadela hay un pozo para sacar agua, llamado el pozo de José, porque segun la tradicion fué hecho por este Patriarca, en el tiempo que gobernó el Egipto como Virey: este pozo no es perpendicular, sino horizontal, formando caracol en un plano inclinado hasta llegar donde está el agua. Como la Ciudadela está encima de una colina, se goza desde allí de una hermosísima vista. Se ve una llanura inmensa hácia el sur, atravesada por la ancha faja de plata que forma el Nilo, á cuya orilla, en la misma direccion se ven las ruinas de Ménfis, erizada de una multitud de pirámides, que cubren otros tantos sepulcros. Al occidente se ven sentadas magestuosamente en el desierto, las Pirámides de Gyzeh, que son las mas grandes que existen y de las cuales hablaré despues. Al norte, y en en la misma direccion occidental, al pié de la colina donde está la Ciudadela, se extiende la ciudad del Cairo, con un inmenso caserío, para contener cosa de medio millon de habitantes; rodeada de espesa arboleda, y erizada con mas de trescientos minaretes, y otras tantas cúpulas de las mezquitas que contiene la ciudad. Al oriente no hay mas que el desierto con sus áridos é inmensos arenales; desiertos que atrevaron los hijos de Israel, cuando Moysés los sacó de la cautividad de Egipto.

Despues de haber gozado de este bello espectáculo, bajamos de la Ciudadela; y yo que queria comprar un vestido á la turca para llevarlo á México, como una curiosidad, me aparté de mis compañeros, y con Atmet, nuestro dragoman, me dirigí á uno de tantos bazares ó mercados que contiene la ciudad. El Cairo tiene como treinta mil casas, y los habitantes viven en cuarteles separados, destinados á cada nacionalidad: así es que hay cuartel de los griegos, de los judios, de los armenios, de los europeos, etc. Las calles como las de toda ciudad turca, son estrechas, tortuosas, y algunas cubiertas y atravesadas por callejones inmundos, y tan angostos, que se pueden tocar á la vez con las manos uno y otro lado. El comercio es bien provisto, tanto

de efectos del Oriente, como del Occidente. Es muy grande el movimiento y bullicio que se observa en el Cairo, comenzando desde las seis de la mañana, y cesando en las horas de extremado calor, es decir, desde las doce hasta las tres de la tarde, para continuar después hasta la noche. Tanto en Alejandría como en el Cairo, se usan los burros para trasportarse de un punto á otro de la ciudad: estos burros son ligerísimos, y la dificultad no está en hacerlos andar, sino en contenerlos para que no galopeen. Muy divertido es el espectáculo que presentan las calles de la ciudad, por los contrastes tan marcados que se hallan en todas partes. Allá se ve una hilera de lentos y pesados camellos. Aquí van extranjeros que visitan la ciudad, galopando en ligerísimos pollinos. Ved un señor turco, que camina en un soberbio caballo árabe, lujosa y espléndidamente enjaezado. Aquí se presenta un turco en un dromedario. Mas allá va una carretela precedida del *Sais* (un hombre que va adelante, á la carrera, abriendo paso entre la gente.) Allá va una mujer turca cubierta enteramente, desde la cabeza hasta los piés, y que apenas puede andar, con el estorbo de tanto embolismo. Ved aquellas elegantes señoras europeas, vestidas de crugiente seda ¡qué expeditas en todos sus movimientos! Allá se ve un judío, con su traje particular; mas acá van unos sacerdotes griegos, con sus túnicas y bonetes ridículos; acá va un armenio, con su larga barba y fúnebre capucha en la cabeza. Allá, en fin, van unos padres franciscanos, con sus hábitos cafés y sombreros blancos de anchas alas. Figuraos ahora, toda esta multitud de gente en movimiento, en una calle muy angosta, atropellándose unos á otros; y tendreis una idea de lo que son las calles del Cairo.

Por la tarde fuimos á ver un jardín del hermano del Bajá: está en la orilla de la ciudad, y cultivado al estilo europeo: entre los árboles frutales, hay una multitud de naranjos, de esos tan célebres de Malta, que dan un fruto semejante á la naranja agria; pero de un gusto exquisito, porque el jugo es de un agridulce suavísimo: estas naranjas conocidas con el nombre de *mandarines* son muy comunes en Oriente. En medio del jardín hay un pabellon de recreo, especie de edificio, de aquellos que los turcos llaman *kioscos*. Este es

un patio de treinta varas en cuadro, enlozado de riquísimo mármol, con una gran fuente de mármol de Carrara en el centro, y rodeado de graciosos corredores de bóveda, adornados con pinturas al fresco, y multitud de macetas muy frondosas. Estos corredores dan paso á muchas salas de recreo anexas á ellos; y el todo, forma un conjunto muy gracioso y elegante.

Después fuimos al museo egipcio. Como los turcos son tan indolentes, el museo está en un verdadero abandono: no solo esto, sino que cada dia se disminuye mas, la gran coleccion de antigüedades egipcias, que poseen; pues no tienen dificultad en vender estos objetos á los europeos. Cuando nosotros visitábamos el museo, sacaban dos preciosísimas esfinges de granito, muy bien trabajadas y perfectamente conservadas. Estos objetos habian sido vendidos á los franceses, que los iban á trasportar á Paris. Al ver este museo, no se puede ménos, que admirar la perfeccion y cultura, á que habian llegado los antiguos egipcios; pues todas las esculturas que se conservan, ya en pórfido, ya en granito, son admirablemente trabajadas; y sobre todo, de unas dimensiones tan colosales, como hechas por hombres que imaginaron y ejecutaron la empresa gigantesca de las pirámides de Gyzeh.

¡Las Pirámides de Egipto! Hé aquí el objeto que atrae á tantos viajeros á este país. Nosotros quisimos visitarlas y contemplarlas de cerca: no distan mas que cuatro leguas al oeste del Cairo; pero como en el tiempo en que actualmente nos hallábamos, todavía no se secaba la inundacion del Nilo, no deja de ser fatigosa la expedicion; pues para llegar al pié de las Pirámides, hay que ir dando vueltas y revueltas para aprovechar el terreno seco; y á veces es necesario embarcarse para pasar algun campo completamente inundado. Dispusimos pues nuestras cosas para salir del Cairo muy de madrugada; y Atmet, nos prometió estar en la puerta del hotel, con los burros para hacer el viage, á las cuatro de la mañana.

Jués trece de Noviembre, á la hora dicha, salimos del Cairo alegremente, provocando nuestra hilaridad, el espectáculo que presentábamos, montados todos en burros, y haciendo esfuerzos para contener aquellos animales tan ligeros. Apenas salimos de la po-